

CAPÍTULO 10. SUMISIÓN

Otro elemento esencial en la oración es la **SUMISIÓN**. Toda oración verdadera debe ofrecerse en plena sumisión a Dios. Después de haber dado a conocer nuestras peticiones ante Él, nuestro lenguaje debe ser: «Hágase tu voluntad». Preferiría mil veces que la voluntad de Dios se hiciera antes que la mía propia. No puedo ver el futuro como Dios puede verlo; por tanto, es mucho mejor dejar que Él elija por mí que elegir yo por mí mismo. Conozco su pensamiento acerca de las cosas espirituales.

Su voluntad es que yo sea santificado; así que puedo con confianza orar a Dios por ello y esperar una respuesta a mis oraciones. Pero cuando se trata de asuntos temporales, es diferente; lo que pido puede no ser el propósito de Dios concerniente a mí.

Como alguien ha dicho acertadamente: «Descansa en esto: la oración no significa que yo haya de traer a Dios hacia mis pensamientos y mis propósitos, y doblegar su gobierno según mis necias, insensatas y a veces pecaminosas nociones.

La oración significa que yo he de ser elevado hacia sus sentimientos, hacia la unión y el diseño con Él; que he de entrar en su consejo y llevar a cabo plenamente su propósito. Me temo que a veces pensamos de la oración como si fuera de un carácter completamente opuesto, como si con ella persuadiéramos o influyéramos a nuestro Padre celestial para que haga todo lo que viene a nuestras mentes, y todo lo que cumpliría nuestros necios propósitos de corta visión. Estoy bastante convencido de esto: que Dios sabe mejor lo que es más conveniente para mí y para el mundo de lo que yo posiblemente pueda saber; e incluso si estuviera en mi poder decir: "Hágase mi voluntad", preferiría decirle a Él: "Hágase tu voluntad"». Se cuenta de una mujer que, estando enferma, fue preguntada si estaba dispuesta a vivir o a morir, y respondió: «Lo que Dios plazca». «Pero», le dijo uno, «si Dios se lo refiriera a usted, ¿qué elegiría?» «En verdad», respondió ella, «yo se lo referiría a Él otra vez». Así, aquel hombre obtiene de Dios su voluntad, cuya voluntad está sujeta a Dios.

El Sr. Spurgeon comenta sobre este tema: «El hombre creyente recurre a Dios en todo tiempo, para mantener su comunión con la mente divina.

La oración no es un soliloquio, sino un diálogo; no una introspección, sino una mirada hacia los montes, de donde viene nuestro socorro. Hay alivio en desahogar la mente ante un amigo comprensivo, y la fe siente esto abundantemente; pero hay más que esto en la oración. Cuando una actividad obediente ha llegado al límite de su línea, y sin embargo no se ha alcanzado lo necesario, entonces se confía en la mano de Dios para que vaya más allá de nosotros, así como antes se confiaba en ella para que fuera con nosotros. La fe no tiene deseo de tener su propia voluntad, cuando esa voluntad no está de acuerdo con la mente de Dios; porque tal deseo sería en el fondo el impulso de una incredulidad que no se apoyaba en el juicio de Dios como nuestra mejor guía. La fe sabe que la voluntad de Dios es el bien supremo, y que cualquier cosa que nos sea beneficiosa será concedida a nuestras peticiones».

La historia nos informa que los tusculanos, un pueblo de Italia, habiendo ofendido a los romanos, cuyo poder era infinitamente superior al suyo, Camilo, al frente de un ejército considerable, marchaba para someterlos. Conscientes de su incapacidad para enfrentar a tal enemigo, tomaron el siguiente método para aplacarlo: Renunciaron a todo pensamiento de resistencia, abrieron sus puertas, y cada hombre se dedicó a sus propios asuntos, resolviendo someterse donde sabían que era en vano contender. Camilo, al entrar en su ciudad, quedó impresionado por la sabiduría y la sinceridad de su conducta, y se dirigió a ellos con estas palabras: «Solo vosotros, de entre todos los pueblos, habéis encontrado el verdadero método de aplacar el furor romano; y vuestra sumisión ha resultado ser vuestra mejor defensa. En estos términos, no podemos encontrar en nuestro corazón el deseo de haceros daño, como tampoco vosotros habríais encontrado poder para oponérsenos en otros términos». El magistrado principal respondió: «Nos hemos arrepentido tan sinceramente de nuestra anterior necesidad, que confiando en esa satisfacción para un enemigo generoso, no tememos reconocer nuestra falta».

En vista de la dificultad de llevar nuestros corazones a esta completa sumisión a la voluntad divina, bien podemos adoptar la oración de Fenelón: «Oh Dios, toma mi corazón porque no puedo entregártelo; y cuando lo tengas, guárdalo porque no puedo guardarlo para Ti; y sálvame a pesar de mí mismo».

Algunos de los mejores hombres que el mundo ha visto han cometido grandes errores en este punto. Moisés pudo orar por Israel y prevalecer ante Dios; pero Dios no respondió su petición por sí mismo. Pidió que Dios lo llevara al otro lado del Jordán, para que pudiera ver el Líbano; y después de los cuarenta años de peregrinación en el desierto, deseaba entrar en la Tierra Prometida; pero el Señor no concedió su deseo. ¿Fue eso una señal de que Dios no lo amaba? De ninguna manera. Era un hombre grandemente amado de Dios, como Daniel; y sin embargo, Dios no respondió esta oración suya. Su hijo dice: «Quiero esto o aquello», pero usted no concede la petición, porque sabe que será la ruina del hijo darle todo lo que quiere. Moisés deseaba entrar en la Tierra Prometida; pero el Señor tenía algo más reservado para él. Como alguien ha dicho: «Dios besó su alma y lo llevó a casa consigo. "Dios lo sepultó" — el mayor honor jamás concedido a un hombre mortal.

Mil quinientos años después, Dios respondió la oración de Moisés; le permitió entrar en la Tierra Prometida y vislumbrar la gloria venidera. En el Monte de la Transfiguración, con Elías, el gran profeta, y con Pedro, Jacobo y Juan, oyó la voz que venía del trono de Dios: «Este es Mi Hijo amado; a Él oíd». Eso fue mejor que haber cruzado el Jordán, como hizo Josué, y haber residido treinta años en la tierra de Canaán. Así que cuando nuestras oraciones por cosas terrenales no son respondidas, sometámonos a la voluntad de Dios y sepamos que todo está bien.

Cuando alguien preguntó a un niño sordomudo por qué pensaba que había nacido sordo y mudo, tomando la tiza escribió en la pizarra: «Sí, Padre, porque así te agradó».

Jhon Brown, de Haddington, dijo una vez: «Sin duda he encontrado pruebas como los demás; pero tan bondadoso ha sido Dios conmigo, que pienso que si Él me diera tantos años como los que he vivido en el mundo, no desearía que

cambiara una sola circunstancia en mi suerte, excepto que desearía que hubiera habido menos pecado. Podría escribirse en mi ataúd: "Aquí yace uno de los cuidados de la Providencia, que perdió temprano a padre y madre, y sin embargo nunca careció del cuidado de ninguno de los dos"».

Elías fue poderoso en oración; hizo descender fuego del cielo sobre su sacrificio, y sus peticiones trajeron lluvia sobre la tierra sedienta. Se presentó sin temor ante el rey Acab en el poder de la oración. Sin embargo, lo encontramos sentado debajo de un enebro como un cobarde, pidiendo a Dios que le permitiera morir. El Señor lo amaba demasiado para eso; iba a llevarlo al cielo en un carro de fuego. Así que no debemos permitir que el diablo se aproveche de nosotros y nos haga creer que Dios no nos ama porque no concede todas nuestras peticiones en el tiempo y la manera en que quisiéramos que las concediera.

Así como Moisés ocupa más espacio en el Antiguo Testamento que cualquier otro personaje, así sucede con Pablo en el Nuevo Testamento, excepto, quizás, el propio Señor. Sin embargo, Pablo no sabía cómo orar por sí mismo. Rogó al Señor que quitara «el aguijón en la carne». Su petición no fue concedida; pero el Señor le otorgó una bendición mayor. Le dio más gracia. Puede ser que tengamos alguna prueba — algún aguijón en la carne. Si no es la voluntad de Dios quitarlo, pidámosle que nos dé más gracia para poder soportarlo.

Encontramos que Pablo se gloriaba en sus adversidades y en sus flaquezas, porque tanto más reposaba sobre él el poder de Dios. Puede ser que haya algunos de nosotros que sintamos como si todo estuviera en contra nuestra. Que Dios nos dé gracia para adoptar la posición de Pablo y decir: «Todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios». Así que cuando oremos a Dios, debemos ser sumisos y decir: «Hágase tu voluntad».

En el Evangelio de Juan leemos: «Si permanecéis» (ese «si» es una montaña para comenzar), «Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queráis, y os será hecho». La última parte se cita con frecuencia, pero no la primera. ¡Ay, hay muy poco de permanecer en Cristo en estos días! Usted va a visitarlo de vez en cuando; pero eso es todo. Si Cristo está en mi

corazón, por supuesto no pediré nada que sea contrario a Su voluntad. ¿Y cuántos de nosotros tenemos la Palabra de Dios permaneciendo en nosotros?

Debemos tener una base segura para nuestras oraciones. Si tenemos algún gran deseo, debemos escudriñar las Escrituras para encontrar si es correcto pedirlo. Hay muchas cosas que queremos que no son buenas para nosotros; y muchas otras cosas que deseamos evitar son en realidad nuestras mejores bendiciones. Un amigo mío se estaba afeitando una mañana, y su hijito, de menos de cuatro años, le pidió su navaja y dijo que quería tallar con ella. Cuando vio que no podía obtenerla, comenzó a llorar como si le fuera a partir el corazón. Me temo que hay muchos de nosotros que estamos orando por navajas. Juan Bunyan bendijo a Dios por esa cárcel de Bedford más que por cualquier otra cosa que le sucedió en esta vida. Nunca oramos por aflicción; y sin embargo, a menudo es la mejor cosa que podríamos pedir.

Dyer dice: «Las aflicciones son bendiciones para nosotros cuando podemos bendecir a Dios por las aflicciones. El sufrimiento ha impedido que muchos pequen. Dios tuvo un Hijo sin pecado; pero nunca tuvo alguno sin dolor. Las pruebas de fuego hacen cristianos de oro; las aflicciones santificadas son promociones espirituales».

Rutherford escribe bellamente, con referencia al valor de la prueba santificada y la sabiduría de someterse en ella a la voluntad de Dios: «¡Oh, cuánto le debo a la lima, al martillo, al horno de mi Señor Jesús, que ahora me ha permitido ver cuán bueno es el trigo de Cristo que pasa por Su molino y Su horno, para ser hecho pan para Su propia mesa!

La gracia probada es mejor que la gracia; y es más que gracia; es gloria en su infancia. Ahora veo que la piedad es más que la apariencia externa, y que los adornos de este mundo y sus vanidades.

¿Quién conoce la verdad de la gracia sin una prueba? ¡Oh, cuán poco obtiene Cristo de nosotros, sino aquello que Él gana (por así decirlo) con mucho trabajo y dolor! ¡Y cuán pronto se congelaría la fe sin una cruz! ¡Cuántas cruces mudas han sido puestas sobre mi espalda, que nunca tuvieron lengua para hablar la dulzura

de Cristo, como esta la tiene! Cuando Cristo bendice Sus propias cruces con una lengua, ellas respiran el amor, la sabiduría, la bondad y el cuidado de Cristo por nosotros. ¿Por qué debería yo resistir al arado de mi Señor, que hace surcos profundos en mi alma? Sé que Él no es un labrador ocioso; Él se propone una cosecha. ¡Oh, que este blanco y marchito barbecho fuera hecho fértil para dar una cosecha para Él, por quien es tan penosamente labrado, y que esta tierra baldía fuera rota! ¿Por qué me entristecí yo (inecio de mí!) porque Él puso Su guirnalda y Su rosa sobre mi cabeza — la gloria y el honor de Sus testigos fieles? Deseo ahora no hacer más súplicas con Cristo. En verdad Él no me ha puesto en pérdida por lo que sufro; Él no me debe nada; porque en mis cadenas, ¡cuán dulces y confortables han sido para mí los pensamientos de Él, en los cuales encuentro una suficiente recompensa! ¡Cuán ciegos son mis adversarios que me enviaron a una casa de banquete, a una casa de vino, a las amables fiestas de mi amable Señor Jesús, y no a una prisión, ni a un lugar de destierro!».

Podemos cerrar nuestros comentarios sobre este tema con una referencia a las palabras del Profeta Jeremías, en Lamentaciones, donde dice: «Bueno es el Señor con los que esperan en Él, con el alma que lo busca. Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor. Bueno le es al hombre llevar el yugo en su juventud. Se sentará solo y guardará silencio, porque lo ha llevado sobre sí. Pondrá su boca en el polvo; quizás aún haya esperanza. Dará su mejilla al que lo hiere; será colmado de reproches. Porque el Señor no desechará para siempre; sino que aunque cause dolor, tendrá compasión según la multitud de Sus misericordias. Porque Él no aflige de buena gana ni entristece a los hijos de los hombres... ¿Quién es el que dice que algo sucede, cuando el Señor no lo ha mandado? ¿De la boca del Altísimo no procede el mal y el bien? ¿Por qué se queja el hombre viviente, el hombre por el castigo de sus pecados? Examinemos nuestros caminos y probémoslos, y volvamos al Señor. Levantemos nuestros corazones con nuestras manos a Dios en los cielos».

Sumisión

*«Óyeme, Dios mío, y si mi labio ha osado
murmurar bajo Tu mano, oh, enséñame ahora*

*a sentir cada pensamiento íntimo desnudo ante Ti,
y esta voluntad rebelde a doblegar con fe.
Aunque lloré desconsoladamente sobre el santuario arruinado,
donde los ídolos terrenales ocupaban Tu lugar exclusivo,
ahora purifica y haz de este templo Tuyo,
y enséñame, Señor, a decir: «¡Hágase tu voluntad!»*

*¿Qué puedo ofrecer que sea mío?
Una juventud de dolor y una vida de pecado.
¿Qué puedo depositar sobre tu santo altar,
una sola esperanza de perdón para el pasado?
Mientras así, suplicante a tus pies, me inclino,
¿Aún me atrevo a elevar hacia ti mis ojos llorosos?
Invoco la promesa de tu palabra, que tú
no despreciarás un corazón quebrantado y contrito.*

*¿Qué te traeré? Un espíritu herido, Señor,
agotado por la lucha, anhelando descanso,
y deseando tu paz, como un pobre pájaro,
*en medio de la tempestad, busca el pecho de su madre,
mi sacrificio, el Cordero que murió por mí;
invoco los méritos de tu Hijo sin pecado;
traigo tus promesas; confío en ti;
con amor castigas; Señor, ¡hágase tu voluntad!*